

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

VOL. X

Bogotá, junio de 1942

N.º 12

DIRECTOR

Prof. JORGE E. CAVELIER

COMITE DE REDACCION

Profesor LUIS PATIÑO CAMARGO

Prof. agregado HERNANDO ANZOLA CUBIDES

Prof. agregado FRANCISCO GNECCO MOZO

LA CONTRIBUCION DE LA MEDICINA INGLESA EN LA CIENCIA UNIVERSAL

Por el Profesor *Jorge Bejarano.*

Coincidiendo con esta exposición del libro inglés, que en nuestra Biblioteca Nacional denuncia a la cultura colombiana, el esfuerzo gigantesco que libra un pueblo para mostrar más allá de los mares el pensamiento de sus hombres, una ilustre dama me preguntaba en días pasados cuál era el valor de la medicina inglesa en el progreso de la ciencia y en el de la humanidad, pues a ella era bien poco lo que le sugería la expresión inglesa "physician", con que en esa lengua se denomina a los médicos. De ahí presumía que no tuviese mayor contenido histórico ni científico una ciencia que para designar a sus afiliados, se vale de otra expresión distinta de aquella que desde los más remotos tiempos de la humanidad, tuvo a los médicos como hechiceros.

De la palabra "physician" con que los ingleses reemplazan nuestra latina denominación de "médico", deducen muchas gentes que nada hay ni ha habido en la medicina anglo británica que sea digno de mención. Y sin embargo, durante muchos siglos han sido trascendentales y luminosos los aportes hechos por la medicina inglesa a la ciencia universal y al bienestar de la humanidad. Se podrían citar los nombres de esa larga lista de las figuras perínclitas de la medicina inglesa; pero como lo dice el Profesor Castex, el orto de la era científica de la medicina británica, aparece a fines del siglo XV, como que ya por ese entonces comenzaba a sentirse el hálito renacentista cuya fuerza innovadora intervino en la formación de esta época fecunda.

Las ciencias naturales, la anatomía, la botánica, la física y la química, están jalonadas a todo lo largo de la historia de estos últimos cinco siglos por los descubrimientos realizados por los sabios

ingleses. Banckes, Furner y Gerard, están entre otros muchos, a la cabeza de esos investigadores.

Las memorias del viejo Erasmo, uno de los padres de la medicina, contienen páginas especiales destinadas a honrar la memoria de Thomás Linacre, creador de las cátedras de medicina en Oxford y en Cambridge y maestro del insigne Erasmo. Todos los historiadores están acordes en que Linacre, médico de Enrique VIII, fué uno de los fundadores de la Medicina Inglesa y que la difusión y entusiasmo por la ciencia de Hipócrates se debió entre otras cosas, a la traducción que hizo el ilustre maestro de las obras de Galeno. El latín fué para los antiguos médicos ingleses, lengua tan conocida y tan familiar como lo era su propio idioma. A él debieron sin duda alguna, su ilustración profunda y su filosofía augusta porque el latín les permitió beberlas en toda su pureza en las mismas fuentes de donde ellas provenían.

El raquitismo, enfermedad que en Inglaterra como en el resto de Europa, deforma el esqueleto de niños y de adultos, que en Colombia, como en todos los países del trópico, casi nos es desconocida, tuvo en el siglo XVIII, el más afortunado de sus investigadores en el clínico y anatómista Francis Glisson, que fué el primero en describirlo y el primero también en sospechar sus causas. Fué el mismo Glisson quien estudió y describió por primera vez la envoltura del hígado que perpetuó su nombre con el de "cápsula de Glisson" con que ha llegado hasta nuestros días.

Por entonces, la Medicina Inglesa vive los años más fecundos de su historia y de su gloria. Los anatómistas Higmore y Thomas Warton describen el primero, el seno maxilar y el segundo, el famoso canal o conducto salivar que lleva su nombre.

Por aquélla misma época, un ilustre profesor de filosofía natural, Thomas Willis, en la renombrada universidad de Oxford, se dedica a estudiar la anatomía del cerebro y describe magistralmente el polígono arterial que forman esos vasos y que tres siglos más tarde lleva todavía su nombre. Los tratados de medicina interna, asignan también a este mismo autor, la gloria y primacía de haber sido el primer clínico que diferenció la diabetes insípida de la meliflúa o diabetes azucarada, diferenciación que marca la más trascendental etapa en el conocimiento de las dos complejas enfermedades.

Dos anatómistas de la misma época, William Cowper y Clopton Havers, descubren, el uno las glándulas que llevan su nombre y el otro los canales que todavía hoy conservan su apellido. La descripción que ambos hicieron de la parte anatómica que estudiaron, no ha sido modificada en el transcurso de los tres siglos que llevan de haber sido escritas en los famosos libros que las contienen.

Si el mismo siglo XVII no hubiese descollado por la magna fi-

gura del fisiólogo Harvey, yo diría que todo él podía condensarse en Thomás Sydenham, el dulce terapeuta a quien sus contemporáneos y lejanos biógrafos han designado con los nombres de "Hipócrates inglés", "Padre de la medicina inglesa" y con el más breve pero más significativo de "el gran Sydenham". Tres siglos hace que la humanidad adolorida, rinde tributo de gratitud a este mago de la medicina que nos legó la maravillosa fórmula de su lúdano para el dolor. Los obstetras sobre todo, debieran tener sobre la cabecera de su cama, la efigie de este hombre milagroso que les dejó el mejor sedante del útero en contracción.

Proteica la actividad de Sydenham, pudo merced a ella ocuparse también de introducir al Reino Unido, la famosa cinchona que llevada desde América pregonaba en las cortes Europeas, el éxito de la medicina indígena contra la terrible malaria, flagelo secular de los habitantes de Europa y de América. Pelletier y Caventou, viven en el bronce en una de las plazas de París, porque hicieron el aislamiento del alcaloide de la quina. En América ha pasado inadvertido, consagrar un homenaje a la ciencia del inca que aplicó la maravillosa corteza al tratamiento de la terrible enfermedad. ¿Cuándo, señores Ministros de Educación de indo-américa, en fraternal movimiento rendiremos el homenaje que debemos a la medicina naturista que usaron los primitivos pobladores de nuestras insalubres tierras?

Al par que terapéuta, Sydenham fué también estupendo clínico. Todavía en nuestros días, su lección sobre la gota, permanece imperecedera e inmodificable. Los maestros franceses como Dieulafoy, la transcriben en sus textos sin modificación alguna y no hay médico o estudiante de medicina que no guarde en su memoria el nombre de Sydenham.

El siglo XVII, se ve iluminado por la máxima figura de la fisiología. William Harvey, nacido en 1578 en Kent, continuará siendo para los científicos, lo que Shakespeare ha sido para poetas y ensayistas: faro inextingible.

Al grandioso y sorprendente descubrimiento de la circulación de la sangre y del mecanismo del corazón; a su predicción de la circulación capilar; a su concepción del futuro microscopio que hoy nos permite ver aquel ejército invisible que vive en perpetua conspiración contra la vida humana, Harvey agregó el milagro de enfrentar su poderío mental a la ignorancia, a los prejuicios religiosos y a la superstición que dominaban el campo de la fisiología cardíaca. Su vida por ese entonces fué un permanente conflicto, y como fué una vida de grandes y de completa dedicación a los fenómenos circulatorios, pudo estampar esta perdurable frase en su libro "De motu cordis": "He estado inclinado a pensar con Fracasterius que

el movimiento del corazón, sólo puede ser comprendido por Dios".

Pero Dios hizo de Harvey el instrumento por excelencia para explicar a los científicos y profanos de esa época, la enmarañada y difícil cuestión de la circulación sanguínea. Los pintores de ese tiempo trasladaron a lienzos inmortales la magra y ascética figura del fisiólogo, explicando al Rey Carlos I de Inglaterra, su genial concepción de la circulación sanguínea.

Harvey, "Padre de la fisiología", como lo designan los científicos, fué el primero en demostrar que el corazón es una bomba impelente y aspirante; el primero también en describir los movimientos del músculo cardíaco; la manera como se hacía el paso de la sangre desde el corazón derecho al corazón izquierdo; cómo se hacía la propagación de la sangre en los tubos arteriales y cómo debía hacerse la circulación capilar que él alcanzó a vislumbrar sobre la rana con la ayuda de lentes de aumento, lo cual lleva también a aceptar que el genio de Harvey dejó así dos siglos antes, previsto el nacimiento del microscopio.

El cardiólogo contemporáneo, Thomas Lewis, considera con razón, que la personalidad de William Harvey, aparece a la luz de los actuales conocimientos, como la más grande entre los precursores de la ciencia médica, pues fué el iniciador de la nueva era circulatoria y el auténtico creador de la ciencia clínica porque fué también el primero que instituyó el examen prolífico y paciente del enfermo como base del diagnóstico.

Harvey murió el 3 de junio de 1657, de hemorragia cerebral, a los 79 años de glorioso vivir. Tuvo todos los honores que hombre alguno haya podido alcanzar. Médico de Jaime I y de Carlos I de Inglaterra, su gloria toda radica en mi sentir en haber sido médico de Shakespeare, de quien parece haber sufrido el contagio de la grandeza y de Francis Bacon, de quien fué el genial fisiólogo, su más íntimo amigo.

Veinte años después de muerto Harvey, nace también en el condado de Kent, en Beckesbourne, otro gran físico y fisiólogo, Stephen Hales, a quien estaba reservada otra gran concepción en el dominio de la mecánica circulatoria: la velocidad sanguínea y la presión arterial. En su primer experimento, Hales se sirvió de un tubo de vidrio vertical, que le sirvió para medir en la arteria de un caballo, la presión sanguínea, esto es la tensión arterial que hoy anotamos por medio de manómetros más perfeccionados. Hales no hacía otra cosa en su portentoso descubrimiento que guiararse por la ciencia de su compatriota, el gran físico Newton, y conjuntamente con sus muchos estudios sobre la hidráulica y la hidrostática circulatoria, publica diversas obras sobre alimentos y sobre el papel del agua salada.

En 1772 el clínico William Heberden escribe una de las más clásicas y sorprendentes páginas sobre la angina de pecho, *angor pectoris*, que el autor designó en su publicación con el nombre de "Pectoris dolor". Nada encuentran los cardiólogos de 1942 que añadir a la perfecta descripción que hizo el clínico londinense, del terrible síndrome que hoy continúa después de dos siglos, produciendo la muerte repentina con el mismo estupor de familiares y de amigos.

Pero el cetro de la cardiología ya conquistado de sobra para la Medicina Inglesa, por el genio de Harvey no hubiese sido quizás tan definitivo, si un siglo después un médico botánico, William Withering, no hubiese reconocido que el remedio con el cual una vieja campesina de su nativa tierra, Schropshire, trataba las hidropesías, era nada menos que la mágica "*digitalis purpurea*", descubierta en 1540 por Leonardo Fuschsius, que él llamaba "la flor de los médicos" y cuyo género de plantas llamó más tarde un botánico francés con el de "Witheringia", en honor del sabio médico inglés.

El descubrimiento de Withering, marca una etapa definitiva en los dominios de la cardiología y él es lo que el opio en los dominios del dolor. La droga portentosa derivada de la planta que describió el insigne médico-botánico, fué la mejor conquista que se ha hecho para los enfermos del corazón. Bien podría decirse que la digital ha sido la muleta sobre la cual han descansado los desfallecidos corazones en estos dos últimos siglos. Ellos pasarán, como habrán de pasar las modas de las vitaminas y de las sulfa-milagros; pero la humanidad doliente seguirá siempre fiel a las cuatro fundamentales plantas que le han dado su alivio: la amapola; la digital; la quina y la ipeca brasiliensis.

La tumba de Withering en Egbaston, no tiene más inscripción ni más adorno que una rama de *digitalis purpurea*, la planta que él inmortalizó y que introdujo a la terapéutica con riqueza de datos sobre las indicaciones, preparación, dosis y administración de tan preciosa sustancia.

Los siglos XVIII, XIX y XX, ven descolgar también otras grandes figuras de la cardiología inglesa. Mathew Baillie, que describe sin rayos X y con lujo de detalles, el primer caso de dextrocardia; William Charles Wells, que estudia las afecciones del corazón en el reumatismo agudo; Hilber Parry que observa la participación del corazón en el bocio exoftálmico, anticipándose a las descripciones posteriores de Graves y Basedow; Robert Adams, que observa y describe maravillosamente la enfermedad cardíaca que lleva hoy su nombre; James Hope, que estudia el asma cardíaca y nos deja la más estupenda lección sobre la fisiología de este signo; Corrigan, el famoso clínico, cuyos estudios sobre la insuficiencia aórtica, son

inmortales y del cual queda todavía en nuestros días después de un siglo de observado, el recuerdo de la "enfermedad de Corrigan", como quiso el gran clínico francés Troussseau que se llamara la enfermedad descrita por el sabio irlandés; William Stokes, que estudió más a fondo la enfermedad descrita por Adams y que en unión de John Cheyne, da la más clásica descripción de aquel tipo respiratorio que en medicina conocemos con el nombre de respiración de Cheyne-Stokes; Sir Thomas Lauder Brunton, cardiólogo eminente, a quien deben los cardiólogos, entre otras cosas, la introducción a la terapéutica del angor pectoris, de ese remedio maravilloso, el nitrato de amilo; Sir William Richard Gowers, precursor de la retinoscopia y que hace una portentosa interpretación de la hipertensión arterial en la enfermedad de Bright; William Murrell, el gran clínico y farmacólogo a quien se debe el descubrimiento de otro heróico remedio para la angina de pecho, la nitroglicerina; John Alexander Mac William, cuya rara longevidad le permitió llegar hasta nuestros días después de haber iluminado la ciencia de la cardiología con mil contribuciones extraordinarias y entre las cuales sobresale la descripción de la contracción fibrilar del corazón; y finalmente Sir James Mackenzie; Sir Arthur Keinth y William Osler, contemporáneos y también contribuyendo con sus brillantes estudios, sobre cardiología, a la gloria de la humanidad y de la medicina inglesa.

Deliberadamente he querido dejar para lugar muy especial, la parte que corresponde a la medicina anglo-británica en lo que hoy se denomina "medicina preventiva". No solamente la circunstancia de que esta rama de la higiene ejerce sobre mí un poder seductor, me lleva a enaltecer la más significativa de las actividades de la Medicina Inglesa, sino que es de justicia reconocer que el siglo XVII comienza a iluminarse con los soprendentes descubrimientos de los investigadores ingleses. El poderío industrial de Inglaterra iniciado desde esa época, induce a Turner Thackrask a estudiar, el primero, las enfermedades profesionales, y el poderío marítimo, que ya también por ese tiempo era grande y soberbio, permitió observar a John Woodal desde 1617, los síntomas del terrible escorbuto, azote de los marinos y primera enfermedad carencial que se descubría en aquel tiempo. A Woodal, Pringles, John Huxham y Sir Gilbert Blane, debe la medicina desde el siglo XVII y XVIII el conocimiento de la prevención y curación de esta avitaminoosis por medio de frutas como el limón y los vegetales frescos.

Dentro del mismo campo de la medicina preventiva, Inglaterra da al mundo el más definitivo de los descubrimientos en pleno siglo XVIII. Con él no sólo se logra prevenir la más terrible enfermedad, espanto de los europeos e indoamericanos, sino que se deja

abierta una ventana sobre el vasto horizonte de la inmunidad. Por ella entraba después como luz inextinguible, el genio portentoso de Pasteur y de él surgían vacunas y sueros como arma definitiva contra muchas enfermedades infecciosas.

La viruela había sido y era, enfermedad que asoló al mundo durante muchas centurias y a su llegada, campos y ciudades, tornábanse en hospitales y cementerios que no alcanzaban a contener enfermos y cadáveres. La historia colonial y contemporánea de Colombia está jaloneada por inolvidables epidemias de viruela como lo estuvo también por muchas guerras civiles. ¿Cómo pues, no decir que el descubrimiento de la vacunación jeneriana, ha sido el más grande triunfo de la ciencia médica en los tiempos pasados y en los tiempos futuros?

El año de 1775 asistía entonces, a esa grande adquisición de la medicina preventiva transmitida de una campesina a Eduardo Jenner, el afortunado cirujano y farmacéutico que siguió observando cómo el "cowpox" que sufrían las vacas en las ubres, inmunizaba contra la viruela a los ordeñadores que hubiesen sido contagiados de las pústulas del ganado. Al mismo Jenner se debe la maravillosa noción de que viruela, cow-pox, swi-pox, son variedades de una enfermedad similar.

De 1775 a 1798 en que Jenner hace su primera comunicación sobre tan extraordinario descubrimiento, hay toda una etapa de experimentos como la inoculación que él hace a su primogénito, a James Phipps y otros, con pus proveniente de cow-pox y de swi-pox. En todos ellos comprueba que después de algunos días, es negativa la inoculación de pus de los virulentos a estas mismas personas que quedan así inmunizadas contra la viruela.

Jenner tuvo que librar una recia batalla contra los detractores de su genial descubrimiento. En capítulos de su vida que habéis visto trasladados a la pantalla del cinematógrafo, se ve a Jenner defendiéndose de las asonadas y de las inventivas de sus enemigos. Igual calvario recorrió Pasteur; pero ambos triunfaron porque estaban guiados por la formación científica que les habían dado su espíritu y el espíritu de la universidad.

Medicina preventiva fué también el magno descubrimiento de Lister sobre la asepsia y antisepsia. Las salas de maternidad y las de cirugía, no podían contar el número de víctimas que ocasionaban las manos infectadas del cirujano y el partero. La fiebre puerperal era casi la complicación ineluctable entre las muchas que podía tener el puerperio.

Los trabajos de Lister se complementan con los descubrimientos de Pasteur y los dos sabios tratan una estrecha amistad que culmina en el fervido abrazo que Lister en persona y revestido de

la toga, viene a dar a su amigo en el gran anfiteatro de la Sorbona, cuando el mundo entero se congrega el 27 de diciembre de 1892, para asistir al jubileo de esta grande e inigualada figura de la Humanidad.

Todavía en el siglo XVIII, Inglaterra sorprende al mundo médico con los trabajos de sus anatomistas y patólogos. William Hunter; James Douglas; Sir Ashley Cooper; Percival Pott, llegan hasta nuestros días consagrados por la fama y por el nombre de ellos dado a regiones anatómicas o a enfermedades. El "Mal de Pott", o tuberculosis vertebral, da también a la escuela médica inglesa la primacía en el conocimiento de la tuberculosis ósea.

En el campo de la física aplicada a la medicina así como en el de la cirugía, qué innumerables nombres podría citar aquí. Los de Faraday, Dalton, Heliolitz, cómo son de familiares a nosotros en los dominios de la electricidad y de la óptica fisiológica. Robert Lawson Tait y Spencer Wells, son considerados como magos de la cirugía y precursores de la cirugía abdominal.

Hace noventa y tres años que un clínico inglés describió una enfermedad hasta entonces desconocida y que conserva su nombre en recuerdo del célebre clínico. La tuberculosis de las glándulas suprarrenales conquistó con Thomás Addison su individualidad y poco es lo que casi después de un siglo se ha agregado al síndrome que él observó con sin igual pericia. Robert James Graves, hace del bocio exoftálmico una descripción que le vale la vinculación de su nombre al clásico síndrome en unión del de Basedow.

Sir James Paget describe la osteítis deformante que lleva su nombre. Thomas Hogkin, la linfadenitis maligna, también conocida con su nombre. Bennet, que descubre la leucemia. Thomas Barlow que descubre el escorbuto infantil conocido hoy con el nombre de "enfermedad de Barlow". Sir Jonatan Hutchinson que estudia la famosa triada de la sífilis hereditaria. Bright cuyo nombre queda ligado a las nefritis que él describe con precisión maravillosa y finalmente Sir Humphrey David; Henry Hill Hickman y James Young Simpson quienes coronan la obra portentosa de Lister, encontrando las propiedades anestesiantes del óxido nitroso, el éter, y el cloroformo para hacer así de la cirugía una cosa más humana y más llena de triunfos y de gloria.

No habría de cerrar esta larga lista de la que se escapan muchos otros nombres, también gratos a la ciencia universal, sin decir lo que nuestro suelo tropical debe a la medicina inglesa en el campo de la patología exótica.

Vandyke Carter entrevé a mediados del siglo XIX la existencia del hematozoario del paludismo que cupo en suerte al francés Laveran descubrir hace sesenta años. El mismo Carter fué el pri-

mero en afirmar que la fiebre recurrente se debía a una espiroqueta.

Patrik Manson, verdadero pionero de la medicina tropical y cuya patricia figura debiéramos tener en el bronce todos los países de la zona tórrida, hace el descubrimiento portentoso de la transmisión del paludismo por un mosquito y deja en pie la posibilidad de que muchas otras enfermedades tropicales sean transmitidas por medio de flebótomas o moscos que se alimentan de sangre humana. Timothy Lewis descubre en 1872 la filaria en la sangre del hombre. Ronald Ross, confirma y complementa la tesis de Manson sobre la evolución del hematozoario en el estómago del mosquito vector. Thomas Cobbold deja hace cincuenta años, luminosos trabajos sobre los gusanos intestinales y Thebald Smith, en 1884 demuestra que los virus muertos sirven para preparar vacunas que inmunizan contra los virus vivos.

La medicina preventiva ya fundada desde un siglo antes por Jenner, llega a su culminación con el descubrimiento de Sir Almroth Wright, de la vacuna contra la fiebre tifoidea, enfermedad que diezmaba los ejércitos en campaña desde remotos siglos. Ella se usa por primera vez en la guerra de Sud Africa y desde entonces a hoy los soldados y las ciudades donde tanto abunda el temible flajelo, no hacen sino bendecir la memoria del ilustre bacteriólogo que dejó a la higiene tan preciosa arma contra la tifoidea.

La era de los grandes patólogos tropicales, se cierra ya en nuestros días con el nombre ilustre de Sir Leonard Rogers cuyos trabajos sobre la lepra y su descubrimiento de la emetina, el remedio maravilloso de la disentería amebiana, verificado en 1912, lo colocan a la cabeza de este ejército con que Inglaterra ha contribuido a la gloria de la ciencia y al bienestar de la humanidad.

Pero cualquiera que haya sido el aporte que la Gran Bretaña diera a la medicina de ayer y de hoy, nada vale él ante la creación de un nuevo sentimiento que surgió en la humanidad bajo el hábito creador de Florence Nightingale.

La profesión de enfermera quizás arranque desde los tiempos en que la humanidad vivía del mito; tal vez fuese del corazón de Henry Dunant, el suizo compasivo que ante la tragedia de la batalla de Solferino, concibió la idea de cobijar a los heridos con una bandera blanca signada por la Cruz.

Pero la noble profesión que mitiga el dolor humano y que hoy forma las blancas legiones de la enfermera de la paz, no nace sino en la guerra de Crimea cuando Florence Nightingale, llevando en la mano la lámpara que proyectaba su silueta por aquellas salas trágicas donde gemían los heridos y los enfermos, dejó para siempre los sillares de esta nueva religión que en Europa como América, forma cada día más adeptos y partidarios.

Un día que visitaba la ciudad de Washington, tuve en la noche la visión de un grandioso templo heleno por entre cuyas columnas de granito se escapaba una luz. Al acercarme a él, vi sentada en una silla la estatua pensativa de Lincoln, dios tutelar de la libertad americana.

No sé por qué asociación veo juntarse hoy la luz de la lámpara de Florence Nightingale con la que emana del monumento de aquel grande hombre. Ambas me dan la sensación de que señalan a la humanidad este camino de democracia que hoy siguen con paso firme y triunfador, Inglaterra y América.

BIBLIOGRAFIA

Fredrick A. Willins y Thomas E. Keys. — "Cardiac Classics". A Collection of classic Works on the Heart and Circulation With Comprehensive biographie accounts of the authors. St. Louis. The C. V. Mosley Cº. 1941.

Prof. Mariano R. Castex.—"Algo de lo que la ciencia y la humanidad deben a la Medicina británica".

"Prensa Médica Argentina". Enero de 1941.

Prof. Jorge Bejarano. — "Informe a la Cruz Roja Nacional en el año de 1939".

Profesor Julio Manrique. — "Florence Nightingale, enfermera y mujer". Conferencia. 1934.

Garrison, F. H. — An introduction to the history of medicine, with medical chronology, suggestions for study and bibliographic data". Filadelfia, 1929. Saunders Company.

Cushny, A. R. — "William Withering". Roy. Soc. Med. 1915.